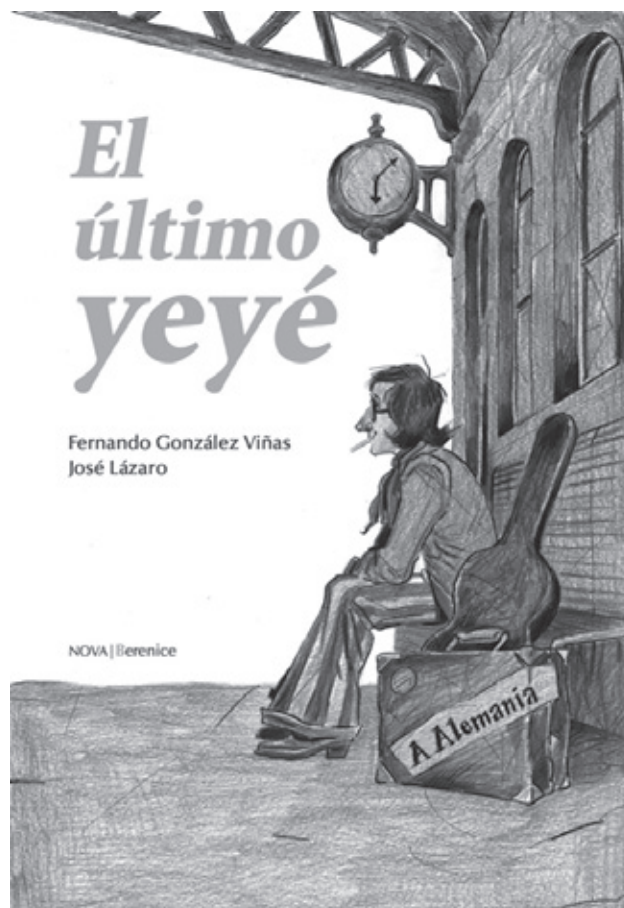

Ruperto, el último yeyé futbolista

Fue en la feria. Posiblemente 1985 o así. Mi tío Ruperto Viñas, a quién he convertido en protagonista de mi novela gráfica *El último yeyé* (Editorial Berenice) -dibujos de José Lázaro, guión mío-, volvió en esa feria de aquel impreciso año a jugar al fútbol en Villanueva del Duque. Ruperto se marchó a Alemania, a la emigración, a finales de los años 60 del pasado siglo, así que el C. D. Villanueva del Duque no pudo gozar por mucho tiempo de su velocidad, acrecentada por la anatomía de su nariz, propia de toda la estirpe de los Viñas y que, lamentablemente, he heredado. Por suerte también he heredado la velocidad con el balón en los pies pero esa es otra historia porque de lo que yo les quiero hablar es de aquella tarde de 1985 o así en la que Ruperto volvió a jugar al fútbol en Villanueva del Duque. Desde que se marchó a Alemania las piernas de Ruperto habían estado al servicio del equipo de emigrantes españoles en Oberndorf. Existen diversas fotografías de aquellos años de futbolista emigrante. Como a mi tío Ruperto también le dio por ser un yeyé, cuando jugaba algún partido, además de aquellas camisetas estrechas de los 70, pantalones cortos de verdad -y no los faldones de eunuco que se ponen ahora en las citas mundialistas- y medias bajas, por supuesto sin espinilleras, además de todo eso, Ruperto no dejaba de pasar la oportunidad de anudarse un colorido pañuelo al cuello. Con este último detalle pretendía recalcar que él era un yeyé hasta la médula y que no por darle patadas a un balón iba a dejar de mostrar su estética de peluso, que para aquellos años, por cierto, estaba ya más cerca del glam que de lo yeyé.

Lo cierto es que ningún equipo alemán de postín se fijó en su nariz, perdón, su



velocidad, y su fama en Alemania tuvo que ver más con ser el guitarrista del grupo Los Mantas que amenizaba las veladas de los emigrantes en el Centro Español de Oberndorf, algo que se relata con detalle en la ya mencionada novela gráfica.

Cuando volvió a España, allá por 1976 o así, Ruperto siguió jugando al fútbol enrolado en un equipo de aficionados con sede en el Parque Cruz Conde de Córdoba y que tenía el curioso nombre de El Mandil, debido a la afición de sus jugadores a jugar al dominó. Con aquel equipo, Ruperto cogió cierta fama, precisamente debido a la aerodinámica de su nariz, que le granjeó diversos apodosos, entre ellos el de "7 velocidades". Doy fe de que un entrenador de un equipo de tercera división intentó ficharlo cuando mi tío ya pasaba de los 40 años, precisamente debido a que no paraba de correr en todo el partido. Él rehusó, he hizo bien, añadido, pues no se le pueden poner puertas al campo ni rayas de banda a quien no respetó nunca ni las de las autopistas.

Como en aquel equipo de El Mandil también jugaba otro de Villanueva del Duque, mi hermano Adriano, se organizó para aquella feria ya citada de 1985 o así

un partido amistoso entre el CD Villanueva del Duque y El Mandil. Aquella tarde de feria el campo casi se llenó. No es que se pegasen carteles por las calles de Villanueva anunciando que venían dos Viñas a jugar, lo que ocurrió es que mi tío Ruperto, acompañado de su hermano Fernando y de José María, que ustedes no conocen pero que jugaba en El Mandil en calidad de centrocampista sin pisar charcos, se desplazaron por la mañana al pueblo y fueron de bar en bar anunciando la buena nueva, que no era otra que la de que Ruperto iba a jugar por la tarde al fútbol. Entre medias se entretuvieron en beberse unos vermús, unas cajas de cervezas y unos cubalibres, por lo que además, los dos hermanos, ya puestos, iban anunciando que el tal José María que les acompañaba era hermano de Manolín Cuesta. Esa no fue sino una mentira más de las que tanto gustaban, en nada comparable a la de la avioneta y el mono, la predilecta de mi tío Fernando, en la que relataba que cierto día pasó mucho miedo porque volando en su avioneta (!), al ir a aterrizar, el mono que tenía, un tití del Amazonas, se le había salido de la cabina y enganchado a las ruedas, impidiéndole el aterrizaje por no dañar al simpático primate. El caso es que entre hermano de Manolín Cuesta y el mono del Amazonas, se creó en el pueblo tal expectación que a la hora del partido el campo se llenó. Ah, hubo otro motivo que contribuyó, fue que mi tío Florencio, emigrante en Martorell pero de vacaciones en Villanueva y que había jugado en los 60 con el Villanueva e incluso en el Pozoblanco de tercera división, se puso por la mañana el traje de portero y también fue predicando por el pueblo que él jugaría igualmente aquel partido.

Llegada la hora del encuentro, la expectación, como se puede comprender era máxima. Llegamos desde Córdoba el resto de El Mandil, en el que yo también jugaba, y ya en el vestuario se incorporaron mi tío Ruperto y José María. A todos nos extrañó que José

María se duchara tres veces antes de salir al campo, hasta que a los cinco minutos, después de verlo deambular por el campo como un becerro recién parido y de sacar un córner contra la pared que delimitaba el campo, el entrenador comprendió que los vermús le salían por las orejas. A pesar de todo, cuando nuestro entrenador -a quien llamábamos Fede pero que se llamaba Rafael, un misterio insondable que siempre me intrigó- gritó "¡Jose, cambio!", él aún tuvo el valor de balbucear: "¿A quién quitas Fede?". Ahí acabó la prometedora carrera del falso hermano de Manolín Cuesta.

Pero volvamos a Ruperto, el partido iba cero a cero y estábamos ya por la segunda parte cuando los espectadores, viendo que Ruperto estaba de reserva, vestido con un chandal, comenzaron a gritar: "¡Que salga Ruperto! ¡Que salga Ruperto!" A Fede no le quedó más remedio que sacar al campo al ídolo yeyé de Villanueva. La sorpresa para todos ocurrió cuando se quitó el chandal y bajo él no llevaba la camiseta del Villanueva, como todos esperaban, sino la de franjas azules y blancas de El Mandil. Aquello casi deriva en un tumulto por lo que se pensó una traición de quién todo el día había estado de bar en bar diciendo que había vuelto al pueblo para jugar... pero sin especificar que era en contra del Villanueva. Menos mal que en el último minuto, a centro mío, y tirándose

en plancha, no acertó por los pelos de yeyé un remate que hubiese significado la derrota del Villanueva. Ahí salvó su pellejo, el mío, el de mi hermano y creo que el de mi tío Florencio, porque no hubiera estado bonito volver al pueblo y encima hacer un feo llevándote la copa jugando en el equipo contrario. Por suerte eso no sucedió y pudimos acabar la feria comiendo lechón.

Esa fue la última vez que mi tío Ruperto, posiblemente el último yeyé, jugó al fútbol en Villanueva del Duque. Y los que estuvieron allí ese día, seguro que aún lo recuerdan.

Fernando González Viñas



Ruperto - Yeyé

